



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12028

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pes.—Tres meses, 6 id.—Extra-
jero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 6 DE DICIEMBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

ASI SERA TODO

Lo que ha pasado y está pasando aún con el proyecto del señor Urzaiz para el pago en oro de los derechos de aduanas, es cosa que da que pensar por lo asombrosa.

Repelimos que no sabemos si será bueno ó malo, porque de ese proyecto del ministro de Hacienda no se puede decir nada concreto hasta que pase un mes. En otros países ha producido beneficios y en eso se apoya el ministro. El tiempo dirá si tiene razón.

Pero se ha dado el caso—y esto es lo que motiva las presentes líneas—de qué se le haya declarado la guerra en el Congreso, sin que los encargados de la labor de echarlo a pique lo hubiesen entendido.

No hizo más que leerlo el ministro y levantó general clamoreo. ¿Por qué? Porque se gravaba enormemente el bacalao que es comida de pobres y se elevaban los derechos del petróleo que constituye el alumbrado en las casas humildes.

Formado este erróneo juicio, no ha servido después que se explique otra cosa que al fin que se persigue: la baja de los cambios. La manera de llegar á ese fin, explicada claramente en el decreto, no es fácil hacerlo entender, no obstante estar al alcance de los más indocitos en cuestiones de Hacienda.

Hemos visto á un señor diputado que puso su firma en la proposición incidental contra el decreto, preguntar al ministro si gravaba el petróleo, bacalao, café y demás especies comprendidas; y esa pregunta que acusaba ignorancia acerca de la cosa juzgada, nos ha impuesto en los peligros que corren otros asuntos menos conocidos, en los que la ignorancia tiene que ser más general.

Considerando esa pregunta inoportuna, que acusa el desconoci-

miento de la cosa condenada, se comprende lo que ocurre en lo concerniente á la industria minera cada vez que por cualquier motivo, casi siempre de impuestos, tiene que comparecer en las Cortes. Las mas de las veces, ó siempre, sale maltratada, no por el deseo de que así resulte, sino por el prejuicio que se tiene formado de que mina y riqueza son palabras que van siempre unidas.

Y lo que decimos de la industria minera decimos de las cosas de mar. ¿Cuanto y con qué desconocimiento se ha dicho de los arsenales, del trabajo que en ellos se ejecuta, de los barcos de guerra! Por decirlo sin conocer la materia tratada, la reacción que comenzó á verificarse en el país después del desastre colonial, no ha seguido su curso natural.

¿Qué ha de hacer el país? Lo que hace. Hacerle coro á los que dicen que no debe gastarse una peseta en barcos y anuncia que es preciso oponerse á unos créditos para pagar jornales, porque son de Marina.

Da tristeza pensar que esto suceda. Cosas que se discuten por quien no las comprende... Tiempo está riel gastado en labores de rutina... Y todo exornado con discursos brillantes que no tienen de fondo ni un canto de peseta.

Así va ello.

TIJERETAZOS

Leemos:

«Las manifestaciones verificadas anteayer en Londres, frente al ministerio de la Guerra, prueban que la opinión pública en la Gran Bretaña ha reaccionado y no está conforme con el sistema seguido por el gobierno y por lord Kitchener, en la guerra del África del Sur.»

Tienen mucha razón.

Ya que la guerra cuesta tanta sangre y dinero á los ingleses, que no se les engañe contándoles párrafos.

Es lo menos á que tienen derecho.

Por supuesto, eso de las ocultaciones es una epidemia á la que nadie escapa.

¿Surge una guerra?

Pues allá van noticias á gusto del autor. Y hay batallas en las que nadie pierde, y triunfos con línea divisoria para repartir lo con equidad entre los contrarios.

Cómo que cada entidad combatiente se adjudica la gloria del combate.

En el África del Sur ocurría eso: los ingleses quedaban vencedores y los boers también.

Pero ha tirado de la manta el diablo y ha puesto á la intemperie la fábrica de triunfos establecida por el gobierno inglés. Por cierto que según los rumores que de Londres llegan, no quiso Buller dirigir la fábrica.

Por eso presentó la dimisión y entró en funciones Kitchener.

Demás de esto, que ya es pesadito por lo caro que vá, los ingleses están hartos de lucha.

La posesión de unas minas, aunque sean de oro, no valen la fatiga, la sangre y el dinero que llevan ya gastado en su conservación.

Y como la explotación es difícil y dada á la mar de sorpresas, que han de costar arroyos de sangre, el pueblo londinense está dispuesto á decir su voluntad, gritando: «Basta.»

Por nosotros, para mañana es tarde.

Más vale que lo digan hoy.

Dice un corresponsal:

«Atribuyése al Gobierno ruso el propósito de desentenderse del problema de Armenia, declarando, si los desórdenes se repiten, que los armenios descontentos pueden hacerse súbditos rusos.»

¡Vaya un modo de desentenderse!

Eso es lo mismo que rehusar una invitación á comer, sentándose á la mesa y requiriendo la cuchara.

¿Qué hará Rusia si á los armenios que se declaren rusos les molestan los turcos?

¡Los abandonará á su suerte!

La Buenaventura

«Jitanilla de negros cabellos que enredando las almas en ellos recorres la villa quitando posares,

á la de ojos rasgados y bellos que amo yo, ve á decir, jitanilla tus dulces cantares.

La dirás que te muestre su mano; y si tu arte no invocas en vano, sorprende, jitanilla, sus sueños de amores adivina hasta el último arcano; dime, maga, el galán que mañana tendrá sus favores;

Y al decir la buenaventura, peregrina, sin miedo asegura que mi alma la adora, que muero por ella; porque no hay en la villa hermosura ni en la vega gentil labrador más pura más bella.

Una tarde la ví en el Sotillo porque audaz la llevé el rebecillo la brisa ligera

que mece las flores; cantérome su encanto sencillito; desde entonces, va un año, hechicera, que muero de amores.

Desde entonces, aún de ella distantes muchas noches sorprende me el día cantando á su reja.»

Repleó la jitanilla el pandero, sonrióse, y un aire ligero cantó maliciosa con alro y soltura.

Al otro día vendió al caballero los secretos de amor de su hermosa, la buenaventura.

Juan Antonio Viedma.

CLUB ESPAÑOL EN BOSTON

Varios americanos de Boston, amantes de las letras españolas, han tenido la feliz idea de fundar un club literario en que sólo se habla el idioma castellano.

La institución cuenta ya con 80 miembros, número elevado si se tiene en cuenta que lo son únicamente los que hablan español.

En el club se celebrarán veladas literarias, se han inaugurado con la lectura de novelas cortas de D. Pedro A. Alarcón. Después le tocó el turno á la titulada «La mujer alta», y el 5 de noviembre á «El amigo de la muerte».

Seguirán las obras de Armando Palacio Valdés el 17 de Noviembre, 3 y 17 de Diciembre, en que se leerá la novela de dicho autor titulada «José».

El comité ejecutivo del Club Español tiene el proyecto de invitar á algunos escritores y vates hispanoamericanos que hay en Nueva York, para que lean sus propias obras y den conferencias sobre literatura española.

Por el programa 1.901-902, nos hemos informado que en esta temporada se estudiarán obras de escritores contemporáneos; Valera, Galdós, Emilia Pardo Bazán, etc.

Habrán ocho veladas, verificándose la primera el 7 de Enero y la última el 15 de Abril, la cual será dedicada al autor del «Quijote».

El comité ejecutivo anuncia también que el Sr. J. Marshall Wilson ha tenido la amabilidad de ofrecerse para dar ante el club Español trozos escogidos de escritores españoles.

Además, el club será favorecido esta temporada con una conferencia por la señora Carolina Huidrobo, sobre el poema épico «La Araucana», de Ercilla y Zúñiga, con explicaciones en inglés. Es presidente del Club Mr. Robert S. Rurgis; vicepresidente, la ilustrada señorita chilena Carolina Holman Huidrobo; tesorero, Mr. H. O. Mc Crillis, y secretario, Mr. Paul F. Foster.

LAS CORTES

CONGRESO

Abrese la sesión á las tres, bajo la presidencia del señor Moret.

Aprobada el acta de la anterior varias diputados formulan ruegos de interés local.

El marqués de Pickman aconseja al ministro de Hacienda no se muestre ibexorable en la aplicación del proyecto relativo al pago de las aduanas en oro y admita las enmiendas que sean buenas. Después de otros ruegos de escaso interés general se suspende la sesión y pasa el Congreso á reunirse en secciones.

Reanúdase la sesión á las cinco. Se da cuenta del resultado de la reunión de secciones.

Orden del día

El señor Llorens combate el capítulo 10, redactado de nuevo.

El ministro de la Guerra entrega su contestación por escrito.

SENADO

Presidiendo el Sr. Montero Ríos quien abre la sesión á las 3 y 25.

71 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

—¡Jeshí! ¡Dios mío!—exclamó una de las damas; es un verdadero pecado que vayáis á la guerra antes de casaros!

Todos se echaron á reír oyendo aquello que demostraba de un modo patente lo que en aquella época se apreciaba la fuerza física.

Zbshko, que ya no se acordaba del templario, miraba á su alrededor con aire de triunfo, y Obuch, para no dejar que se entusiasmasen con exceso, y le dijo:

—No debes alabar la fuerza, porque hay muchos caballeros que son más fuertes que tú. Mi padre me contaba que en la corte de Carlos, emperador, había un caballero de tan extraordinaria fuerza, que con sólo apretar el cuello á un oso, le ahogaba en seguida. Pareció que uno de los embajadores que fueron á esa corte, picado al oír que el emperador alababa tanto la fuerza de sus súbditos, dijo que con él iba un caballero que se atrevía á luchar con el vencedor de las fieras, y que efectivamente á los dos minutos de luchar ambos atletas, el que se hacía de vencer á los osos, caía en tierra con la columna vertebral rota.

—¿Qué edad tenía?—preguntó Zbshko.

—Era muy joven.

70

LOS CRUZADOS

llero de su silla, levantándolo armado de todas armas á la altura de su lanza; Felipe el Atrevido le dió en premio una cadena de oro, y la reina un escarpín de raso blanco que llevaba en el yelmo.

Los oyentes se mostraron asombrados, y Nicolás Dingolias, observó que en los actuales tiempos faltaban hombres de fuerzas extraordinarias, y que un caballero que supiera agujerear una coraza, ó romper un asta, parecería ya una gran hazaña.

—No niego que en otro tiempo habría hombres muy fuertes,—dijo Povala, pero también ahora tenemos. ¿Conocéis á Zavisica de Garbov? Ese puede más que yo.

—Le he visto. Tiene los hombros tan anchos como las campanas de Crasovia.

—¿Qué me decís de Dobko de Olestnitz? Una vez en el torneo que los templarios celebraron en Torún, sacó de la silla á doce caballeros.

—En nuestro país hay uno, mucho más fuerte que todos esos; se asegura que apretando entre sus manos el trono de un árbol recién cortado, le sacó la savia.

—También lo hago yo,—exclamó Zbshko, y antes que nadie pudiera contenerle, arrancó una gruesa rama y la oprimió con tanta fuerza que salió de ella gran cantidad de savia.

67 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGEN

Zbshko dijo:

—Si he de entregar mi cabeza al verdugo, quisiera por lo menos tener el consuelo de atravesar la coraza de un templario.

Povala contestó:

—¿Piensas que así conservarías el honor? así, deshonrarías á nuestro pueblo.

—Y volviéndose hacia Matzko, añadió:

—Si vuestro sobrino queda sin castigo, procurad ponerle otra cabeza, porque lo que es está, no le sirve.

—Nada ocurrirá, si le ocultárais al rey lo sucedido.

—¿Y el templario?

—¡Maldición!

Habiendo de aquella manera se acercaron al séquito de la princesa, y los caballeros que acompañaban á Povala se habían mezclado á los guerreros de Lichtenstein y seguían á sus respectivos señores.

—¿Qué extraña naturaleza la de los templarios!—dijo Povala,—cuando les amenaza algún peligro grave, saben hacerse los humildes y están mansos como corderos y dulces como la miel, pero cuando son los más fuertes, entonces descubren todo el orgullo que